

MAMITA Y PAPITO

En mis primeros años, mi infancia transcurría de manera muy singular, porque la viví prácticamente entre dos adultos y un adolescente, en una casa ubicada en la calle García Guillén, con el número uno, ahora Ignacio Allende, en San Cristóbal de Las Casas, a dos cuadras y media del parque central y a cuadra y media del mercado, construido en lo que era parte de la plazuela de la iglesia de la Merced, por lo cual así se nombraba, al igual que el barrio: de La Merced. Así que estábamos en el Centro y nuestra ubicación era estratégica pues las escuelas primarias la estatal 'Adolfo Ramos' y la Federal "Flavio A. Paniagua" se encontraban a cuadra y media, por eso podría uno desplazarse fácilmente para llegar a ellas.

También por estar casi en la esquina de la Diego de Mazariegos, la calle por donde circulaba uno para ir al mercado, al parque o viceversa, la circulación humana era muy fluida y no era raro ver a vendedores de los dos sexos, tanto ladinos, como indígenas, apostados en las banquetas ofreciendo sus productos.

---¿Maná te uaj? ---inquiría la vendedora.

---¿Qué si querés tortía, marchante? ---replicaba el indígena, y en el tenor de ese diálogo salía a relucir el trueque y no era raro que ellos terminaran intercambiando los cebollines con las tortillas, como me tocó observar en esa singular ocasión cuando el hombre hizo un taco con la tortilla del cambalache, lo relleno de cebollines y empezó a degustarlo con fruición.

No me quedé con las ganas de saborear el delicado plato del chamula. Llegando a casa le pedí a la cocinera calentar unas tortillas.

---Dame unos cebollines, María, por favor---dije—. Me voy a preparar un taco como el que se comió muy sabroso un indígena

---Es que no hay cebollines, sólo cebolla.

---Pues por favor haz mi taco con la cebolla.

María lo preparó con toda minuciosidad

---La cebolla está cruda ---me advirtió; pero en mi inocencia de chamaco no entendí el mensaje, tomé el taco y le di un mordisco.

De inmediato me agarró una tos de garrotillo y mis ojos comenzaron a lagrimar. Por ser cebolla y no chile, reconozco que me produjo una encebollada y no una enchilada.

Por esta especie de corredor humano encontrabas qué comprar y qué vender, relacionado con el mercado.

En la calle Real de Guadalupe se situaban a lo largo de ella, desde el entronque con el parque, hasta la Diego Dugelay había puestos y negocios sobre todo artículos de cuero, incluso sillas de montar, y cántaros de barro de Amatenango del Valle, entre otros.

A mis abuelitos Otelina Rojas Blanco y Jesús Penagos López, los llamábamos de manera coloquial: Mamita y Papito, tanto los hijos, como los nietos.

Como complemento de su trabajo, ella como maestra de grupo de primaria, en la tarde atendía el billar que ambos compraron, compuesto por tres mesas de pool, con venta de licor, dulces y refrescos que estaban colocados en unas repisas largas y delgadas, que hacían la función como de exhibidores.

El billar estuvo antes, al final de la casa de "Las Licas", casi en la esquina hacia la prepa y el Arco del Carmen, en la avenida Hidalgo, a media cuadra del parque.

Cuando Papito se refería a Mamita con terceras personas decía "ella" como si fuera su nombre propio y curiosamente Mamita hacía lo mismo, pues al referirlo, usaba el pronombre "él".

No sé cómo, ni quién, ni cuándo implantó esa modalidad en el trato impersonal, aunque en algunas familias, usan "el señor" y "la señora", pero había otra variante, me imagino que estaba relacionado con lo coloquial, pues ella decía, "Chus", un apócope de Jesús, y cuando él se refería a su esposa con un amigo o conocido, usaba el apócope, remedo del diminutivo, "Otita", por Otelina, ¿por qué?, porque así eran mis abuelos...

Mis primeros doce años, los viví con ellos y me dejaron muy buen sabor de boca. La Secundaria la pasé el primer semestre en Paracho, el segundo, tercero, cuarto y sexto en San Juan del Río, Querétaro. Como me accidenté con mi madre el ocho de diciembre de 1956, pasamos el fin de año y casi todo enero en México, ella internada en el hospital de la Cruz Verde, bajo tratamiento de una triple fractura de tibia, y yo, con una nariz reconstruida dos veces, circulando por toda la ciudad, con una especie de máscara de luchador, gracias a las dos tiras blancas de esparadrapo, entrecruzadas para inmovilizar mi apéndice nasal.

En un avión DC3 de Mexicana de Aviación viajamos de México a Tuxtla Gutiérrez, lugar en donde Mamita contrató a un taxista para que nos llevara con todo cuidado a Sancris y el hijo de las setenta mil p... (así decía Papito al despotricar) nos llevó a mataballo en menos de una hora saliendo del aeropuerto de Terán, hasta la casa.

Junto con mi madre estuvimos prácticamente en San Cristóbal el semestre febrero junio, tiempo que aproveché para cursar el primer semestre del tercer año de secundaria y por cierto me fue muy complicado porque por mi condición itinerante me trataron como alumno de primer ingreso con el correspondiente bullying, que llegó al extremo de quererme asesinar durante un paseo que hicimos cuatro compañeros al Arcotete, detalle que ya describí en otro espacio. Pude cerrar mi ciclo de Secundaria cursando el último semestre de vuelta a San Juan del Río, Querétaro.

Regresé a San Cristóbal cual masoquista, a continuar mis estudios de Preparatoria y la mala idea se repitió cuando mis compañeros quisieron raparme, aunque yo no tenía suficiente cabello para eso. La intervención de Rubén Coutiño, quien fue mi guardaespaldas al inicio del semestre anterior, volvió a salir a flote y pude seguir adelante al amparo de mi amigo y así pude concluir la Prepa.

En diciembre de 1960 la hice de guía llevando a Mamita y Papito a Felipe Carrillo Puerto, en el centro de la zona maya de Quintana Roo, donde don Nef, mi padre adoptivo, fungía como Director del Internado Indígena Lázaro Cárdenas, en tanto que mi madre Atalita Penagos se desempeñaba como Subdirectora y Maestra de grupo. Como yo había ido y regresado por esa ruta, se me hizo fácil llevarlos. A instancias de mis padres nos ubicamos en Chetumal, con el propósito de conocer

Belice, aprovechando que la frontera está a diecisiete kilómetros. Para tal fin don Nef contrató a un taxista de origen beliceño, con familia en Chetumal y nos llevó de Santa Elena, Orange Walk, Pembroke, Mascal, los dos últimos lugares tal como los escuché no son de fiar en mi memoria, porque los nervios me llevaban acogotado al ir sentado junto al chofer viendo venir los vehículos de enfrente, sobre todo autobuses cañeros que circulaban al revés, por ser una colonia inglesa, me explicó el conductor. En cada cruce, como los niños que se espantan con una película y se tapan los ojos para no ver y terminan haciéndolo en el entrecerrado de sus dedos.

---¡Ya llegamos a Belice, se terminó el tormento! ---dijo el conductor aunque en la ciudad es igual o peor, pero los llevaré a un hotel de fiar y procuraré desplazarlos lo menos posible en coche.

El hotel era una construcción de madera de dos pisos, con dos baños comunales. En la comida primera supimos que en toda la Colonia se acostumbra tomar café cargado para contrarrestar el calor.

En la tarde visitamos dos casas departamentales grandes y nos dedicamos a comprar lo que nos atrajo. Por lo pronto adquirí unos zapatos de tela y un sombrero negro de palma y los adopté como parte básica de mi vestir.

Aproveché a masticar mi inglés y descubrí que como tenían la pronunciación inglesa les entendía bastante bien.

Hicimos el viaje de regreso y nos enfrentamos en la aduana mexicana. Papito llevaba puesta una chaqueta azul de paracaidista y como era corpulento en las mangas llevaba sus telas.

---No se preocupen ---nos tranquilizó don Nef--- el Sapo, ese chaparro gordo es amigo mío y nos va a ayudar.

Eran las ocho de la noche cuando nos tocó la revisión en la garita. Por instinto vi hacia el cielo y grité:

---¡El ovni está pasando aquí arriba en este momento! ---dado a que era noticia mundial el desplazamiento de satélites circunvolando el suelo mexicano.

Precisamente en ese momento que grité no era mi imaginación, pues pudimos ver el punto blanco en la obscuridad del cielo surcando arriba de nosotros y nos dejaron pasar sin problemas.

Al día siguiente regresamos a Carrillo porque mis padres iban a echar a andar el proyecto del baile para el otro día, en el corredor del Internado y empezamos con los arreglos.

En la mañana ayudé a delimitar la pista de baile con la ayuda de los alumnos y la armamos frente a la fuente Maya.

A las once apoyé a Chevo, el albañil, todólogo a poner a tono el tocadiscos y al ver a Mamita y Papito sentados en cerca de la esquina sur, a un lado de dos muchachas. Me acerqué para preguntarles si estaban bien o les hacía falta algo.

---Que bueno que te acercaste hijito ---dijo melosa mi abuelita--, porque te voy a presentar a esta bella señorita, que es una belleza en cuerpo y alma Chanita. Invítala a bailar, no te quedes parado ahí como estatua.

---Este, si---tartamudeé y estiré mi mano invitando a bailar a Chanita, mi amor, a quien conocí,
gracias a Mamita y Papito, nuestros cupidos